



## UN FIN DE SEMANA DE AUTOR

Aunque un ilustre pensador apuntaba que aburrirse es un signo de inteligencia, proponemos cuatro ideas, cuatro pasiones, cuatro sugerencias para quienes valoran el tiempo de ocio. Todas ellas son la demostración de que se puede vivir como se quiera pero jamás sin la cultura, que es lo más inútil y a la vez lo más necesario.

RUBÉN AMÓN

MÚSICA

### *El violonchelo de Cremona*

El verbo recomendar que tanto se conjuga en esta página, puede resentirse de la tentación del nepotismo. No hablo de mis colegas de cartel, sino de mi propio caso, toda vez que voy a recomendarles a un amigo. Les pediré también que le compren un violonchelo.

Y no cualquier violonchelo, sino el que le prestan en Londres para tocar este fin de semana en el Auditorio Nacional: un *Francesco Ruggieri*, por el luthier de Cremona, autor del violonchelo moderno. Entendiéndose por moderno que **Adolfo Gutiérrez**, he aquí el nombre de mi amigo, comparece con un instrumento de 1673.

Les animo a que lo conozcan, a que los conozcan. Al chelo y a Adolfo, que no necesita de mi amistad para ser uno de los solistas españoles más creativos. Podrán comprobarlo en el programa que **Tom Koopman**, gran pionero del barroco y del clasicismo historicistas, dirige entre esta tarde y el domingo con la Orquesta Nacional. Les animo a que identifiquen el *Ruggieri* en unas manos dignas de escrutarlo.

Y les invito a que se lo compren.

No para regalárselo, sino para que lo



Adolfo Gutiérrez. / EL MUNDO

airee y lo toque. Porque estos instrumentos se marchitan en una vitrina. Y porque se trata de una inversión garantizada. El *Ruggieri* es una obra de arte que se conmueve cuando sabe corresponderla un artista.

ANTONIO LUCAS

BAR DE VERANO

### *Anochecer en El Faro de Mazarrón*

En lo alto de un pequeño monte delimitado por el Mediterráneo, a 50 metros sobre el nivel del mar, se mantiene en pie el faro de Mazarrón (Murcia). Y junto a él, a 30 metros, uno de los espacios más privilegiados de buena parte del levante murciano: la cafetería que lleva su nombre. Es uno de esos espacios donde el hombre amplía la nostalgia de sí mismo. No es una dirección secreta, pero sí es una referencia distinta. Algo casi exótico en un espacio urbanístico áspero, como diseñado por el tiralíneas de un lunático.

Hasta la Cafetería El Faro se llega por una carretera sinuosa, absurda, malencarada, atravesando construcciones inverosímiles, solares *agriros*. Pero una vez arriba. Y una vez sorteado el acceso al lugar, se abren tres o cuatro terrazas ladera abajo, hasta dar con una piscina que parece robada al mar. Una vez en lo alto, decíamos, el Mediterráneo adquiere un pulso *cavaftiano*, una mansa épica de horizonte y tiempo quieto. En la noche hay un silencio abierto que invita al gin tónico observando las culebrinas de las luces del puerto, que instalan su solfeo de destellos sobre la piel del agua, como si el mundo no fuese a terminar.

El Faro es un territorio excepcional. Elegante. Ataviado con muebles de **Philippe Starck**. No parece una cafetería. Ni siquiera parece Mazarrón. El servicio es impecable. Los cócteles, rozan la perfección. Los helados, supremos. La brisa sopla. Y al fondo, la madrugada. O un mar con modales de estaño al atardecer. Un paisaje casi lunático, donde los montes lampiños hacen breve cordillera. Es un buen lugar para quedarse a solas. Para amar. Para reír. Para leer. El Faro nunca desbarata las expectativas. Es un negocio familiar con modales de paraíso. La experiencia de un trago bien servido cuando la tarde cae al suelo dispone a la felicidad. Asómense y verán.

ENRIC GONZÁLEZ

LITERATURA

### *Anatomía de un regate*

El Mundial de Brasil comienza en un par de semanas. Hay tiempo de sobra para leer *El regate*, de **Sérgio Rodrigues**. Si es aficionado al fútbol, necesita leerlo. Quizá quede tan satisfecho con las primeras páginas, en las que se describe el célebre regate de **Pelé a Mazurkiewicz** (el verbo describir resulta mezquino en este caso; hablamos de unos párrafos sublimes), que tema un bajón del interés en los siguientes capítulos.

Nada de eso. La metafísica del fútbol, es decir, el pasado, empapa todo el relato.

¿No le interesa el fútbol? Da igual. Esta historia sobre un padre y un hijo, sobre el odio, sobre el desencanto y sobre Brasil, no el Brasil que nos venderá la televisión en los próximos días, sino el real, le mantendrá agarrado al libro hasta terminarlo. Una vez terminado, seguirá un rato sin soltarlo.

Volverá a mirar la portada, lo hojeará y le dispensará un largo adiós: es lo que suele suceder con las grandes novelas.

Aunque *El regate* rezuma más fútbol que *Fiebre en las gradas*, el clásico de **Nick Hornby** (Anagrama), ofrece mucho más que fútbol. Se trata de una crónica sentimental abundante en referencias televisivas y musicales, un trepidante artefacto pop en el que el lector se siente retratado. Quien haya vivido ya un poco, o sea, quien sea capaz de recordar el mundial de México 70, se encontrará ante su propia historia. Quien no disfrutara de ese Mundial, el mejor de todos los que se han celebrado hasta la fecha, descubrirá por qué ciertas cosas son como son.

Y al final sentirá una profunda nostalgia por Rio de Janeiro, tanto si conoce esa ciudad como si no. *El regate* acaba de ser publicado por la editorial Anagrama.

EVA DÍAZ PÉREZ

PERIODISMO

### *El gran púgil del periodismo*

Un hombre contempla los duelos salvajes y teclea veloz lo que ocurre en el cuadrilátero, en el ring «que tiene algo de patíbulo», narrando con la elegancia certera de un *swing* de derecha. Frases cortas y punzantes, directas al hígado.

La escena se desarrolla entre humo de tabaco y tragos de whisky, en blanco y negro, en tiempos sucios. El hombre que escribe es el gran **Manolo Alcántara** y está a punto de terminar la crónica de un asalto.



Manuel Alcántara.

No me gusta el boxeo, pero sí cómo lo han narrado los buenos escritores. Igual que me pasa con los toros. Alcántara supo contarlo muy bien, aunque decidió retirarse cuando vio cómo noqueaban de muerte a **Juan Rubio Melero**.

Libros del KO ha rescatado las crónicas que Alcántara escribió en *Marca* en *La edad de oro del boxeo*, de los periodistas **Teodoro León Gross** y **Agustín Rivera**, con epílogo de **José Luis Garcí**. En *El crack*, el barbero que afeita a **Landa** refiere un combate y cita a Alcántara como una autoridad. Buen guiño. Se leen con emoción las crónicas en el Palacio de Deportes, en el Madison, en el Nippon Auditorium University de Tokio o en el ring del Royal Albert Hall. También las historias sórdidas de héroes que saltan desde los abismos del dolor como **Urtain**.

Con este libro Alcántara confirma su talla de gran maestro del periodismo. El hombre que apostola desde Málaga la bella contando historias sobre el periodismo de los años salvajes mientras bebe *dry martini*. Y luego se va a escribir su columna, a cumplir con el viejo oficio. Como siempre.